El lenguaje

Términos básicos.

No es intención de esta materia ahondar cuestiones de lingüística. Pero debemos hacer algunas distinciones muy básicas que nos permitan tratar la materia en cuestión. Y la más básica de todo es la distinción entre lenguaje, lengua y habla. Partamos de la definición que da el Diccionario de la Real Academia Española para aportarle luego algunos matices.

Lenguaje:

Es el **“conjunto de sonidos articulados con que el hombre manifiesta lo que piensa o siente.”** Esta codificación de signos nace de la capacidad (y necesidad en virtud de su **sociabilidad**) del ser humano de comunicarse con sus semejantes. La comunicación será posible porque estos signos adquieren un sentido concreto para la comunidad en la cual se utilizan. Son **arbitrarios** en cuanto su origen pero **expresan la realidad comunicada** al pronunciarlos.

La definición del diccionario habla solamente de “sonidos”. Sin embargo el lenguaje codifica lo concerniente a otros ámbitos del ser humano. “El hablar humano va más allá de la función de la articulación de los sonidos mediante los órganos del lenguaje. **El hombre habla con toda su unificada esencia anímico-corpórea**, con frecuencia incluso habla con sus **gestos conscientes o inconscientes** y con sus ademanes de modo real más que con sus palabras” (von Balthasar). Podríamos afirmar que **el lenguaje sería un conjunto de sonidos, signos y gestos que expresan sentido en una comunidad de parlantes.**

Lengua:

La RAE la define como el **“sistema de comunicación verbal y casi siempre escrito, propio de una comunidad humana.”**

En primer lugar resaltemos que es un **“sistema”** de signos y las correspondientes reglas para combinarlos. Es así un código que conoce cada hablante y lo utiliza cada vez que lo necesita.

En segundo lugar, la lengua es el lenguaje que **adopta una determinada comunidad humana**. Tiene **preexistencia a los individuos** y estos los adoptan al insertarse en dicho ámbito cultural.

Habla:

Entre varias acepciones del diccionario, referente a nuestro uso se afirma: **“Realización lingüística**, por oposición a la lengua como sistema. **Acto individual del ejercicio del lenguaje**, producido al elegir determinados signos, entre los que ofrece la lengua, mediante su realización oral o escrita. **Sistema lingüístico de una comarca, localidad o colectividad**, con rasgos propios dentro de otro sistema más extenso.”

Así el habla hace referencia al uso individual que se hace de ese modelo general de la lengua cada vez que la codifica una comunidad de parlantes. Así es concreta, se realiza siempre en un **lugar y momento** determinado. Y varía de acuerdo a las distintas circunstancias.

Para nosotros es muy fácil de entender cuando hablamos de la **Lengua Española** (que está codificada en el Diccionario de la Real Academia) y el **Habla Argentina, distinta del Habla Chilena**. Y, para más concreciones, podemos **distinguir entre el habla de un porteño y un cordobés...**

Resumiendo,

+ El lenguaje son los signos convencionales que el ser humano usa en virtud de su capacidad de comunicarse.

+ La lengua es la “codificación” que determinada comunidad humana hace.

+ El habla es el “uso” de la lengua que se realiza en un ámbito geográfico e histórico concreto.

Problema pastoral: los “nuevos lenguajes”

Planteemos el problema actual de la acción de la Iglesia a través de las palabras de Juan Pablo II. Notemos como distingue entre contenido, soportes (medios) y lenguaje:

“El primer areópago del tiempo moderno es el mundo de la comunicación, que está unificando a la humanidad y transformándola (como suele decirse) en una «aldea global». Los medios de comunicación social han alcanzado tal importancia que para muchos son el principal instrumento informativo y formativo, de orientación e inspiración para los comportamientos individuales, familiares y sociales. Las nuevas generaciones, sobre todo, crecen en un mundo condicionado por estos medios. Quizás se ha descuidado un poco este areópago: generalmente se privilegian otros instrumentos para el anuncio evangélico y para la formación cristiana, mientras los medios de comunicación social se dejan a la iniciativa de individuos o de pequeños grupos, y entran en la programación pastoral sólo a nivel secundario.

El trabajo en estos medios, sin embargo, no tiene solamente el objetivo de multiplicar el anuncio. Se trata de un hecho más profundo, porque la evangelización misma de la cultura moderna depende en gran parte de su influjo. No basta, pues, usarlos para difundir el mensaje cristiano y el Magisterio de la Iglesia, sino que conviene integrar el mensaje mismo en esta “nueva cultura” creada por la comunicación moderna. Es un problema complejo, ya que esta cultura nace, aun antes que de los contenidos, del hecho mismo de que existen nuevos modos de

comunicar con nuevos lenguajes, nuevas técnicas, nuevos comportamientos psicológicos. Mi predecesor Pablo VI decía que: «la ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo»; (EN, 20) y el campo de la comunicación actual confirma plenamente este juicio.” (RM, 37)

Más cercano a nuestro tiempo, y en el marco de nuestra realidad latinoamericana, los Obispos en Aparecida constataron que:

*"En la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten **también lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes.** Muchas veces, **los lenguajes utilizados parecieran no tener en cuenta la mutación de los códigos existencialmente relevantes en las sociedades influenciadas por la postmodernidad y marcadas por un amplio pluralismo social y cultural.** Los cambios culturales dificultan la transmisión de la Fe por parte de la familia y de la sociedad. Frente a ello, no se ve una presencia importante de la Iglesia en la generación de cultura, de modo especial en el mundo universitario y en los medios de comunicación social."* (A, 100)

Más adelante ubica en la ciudad el laboratorio dónde se gestan estos nuevos lenguajes:

*"La ciudad se ha convertido en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo con un **nuevo lenguaje y una nueva simbología.** Esta mentalidad urbana se extiende también al mismo mundo rural. En definitiva, la ciudad trata de armonizar la necesidad del desarrollo con el desarrollo de las necesidades, fracasando frecuentemente en este propósito."* (A 510)

A partir de estas apreciaciones magisteriales, y teniendo en cuenta la somera explicación de los términos básicos, estamos en condiciones de comprender que la lectura de los signos de los tiempos por parte de la Iglesia no hacen referencia a nuevas lenguas o nuevas hablas de parte de determinadas tribus urbanas. El problema a resolver es un nuevo lenguaje dentro de nuestra "aldea global". Y esto se debe hacer desde una mirada a la cultura, su evangelización y la inculturación.

El lenguaje de la piedad popular

Como lo anterior parecería demasiado teórico, es bueno confrontarlo con una realidad típica de América latina: la religiosidad popular (sobre la que nos detendremos a analizar detenidamente más adelante). El "[Directorio sobre la piedad popular y la liturgia](#)" analiza el lenguaje que esta tiene (N° 14 al 20). Dice al respecto que "el lenguaje verbal y gestual de la piedad popular, aunque conserve la simplicidad y la espontaneidad de expresión, debe siempre ser cuidado, de modo que permita manifestar, en todo caso, junto a la verdad de la fe, la grandeza de los misterios cristianos." Y lo describe así:

a.- Los gestos

Una gran variedad y riqueza de expresiones corpóreas, gestuales y simbólicas, caracteriza la piedad popular. Su puede pensar, por ejemplo, en el uso de besar o tocar con la mano las imágenes, los lugares, las reliquias y los objetos sacros; las iniciativas de peregrinaciones y procesiones; el recorrer etapas de camino o hacer recorridos "especiales" con los pies descalzos o de rodillas; el presentar ofrendas, cirios o exvotos; vestir hábitos particulares; arrodillarse o postrarse; llevar medallas e insignias... Similares expresiones, que se transmiten desde siglos, de padres a hijos, son modos directos y simples de manifestar externamente el sentimiento del corazón y el deseo de vivir cristianamente. Sin este componente interior existe el riesgo de que los gestos simbólicos degeneren en costumbres vacías y, en el peor de los casos, en la superstición.

b.- Los textos y las fórmulas

Aunque redactados con un lenguaje, por así decirlo, menos riguroso que las oraciones de la Liturgia, los textos de oración y las fórmulas de devoción deben encontrar su inspiración en las páginas de la Sagrada Escritura, en la Liturgia, en los Padres y en el Magisterio, concordando con la fe de la Iglesia. Los textos estables y públicos de oraciones y de actos de piedad deben llevar la aprobación del Ordinario del lugar.

c.- El canto y la música

También el canto, expresión natural del alma de un pueblo, ocupa una función de relieve en la piedad popular. El cuidado en conservar la herencia de los cantos recibidos de la tradición debe conjugarse con el sentido bíblico y eclesial, abierto a la necesidad de revisiones o de nuevas composiciones.

El canto se asocia instintivamente, en algunos pueblos, con el tocar las palmas, el movimiento rítmico del cuerpo o pasos de danza. Tales formas de expresar el sentimiento interior, forman parte de la tradición popular, especialmente con ocasión de las fiestas de los santos Patronos; es claro que deben ser manifestaciones de verdadera oración común y no un simple espectáculo. El hecho de que sean habituales en determinados lugares, no significa que se deba animar a su extensión a otros lugares, en los cuales no serían connaturales.

d.- Las imágenes

Una expresión de gran importancia en el ámbito de la piedad popular es el uso de las imágenes sagradas que, según los cánones de la cultura y la multiplicidad de las artes, ayudan a los fieles a colocarse delante de los misterios de la fe cristiana. La veneración por las imágenes sagradas pertenece, de hecho, a la naturaleza de la piedad católica: es un signo el gran patrimonio artístico, que se puede encontrar en iglesias y santuarios, a cuya formación ha contribuido frecuentemente la devoción popular.

Es válido el principio relativo al empleo litúrgico de las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Santos, tradicionalmente afirmado y defendido por la Iglesia, consciente de que "los honores tributados a las imágenes se dirige a las personas representadas". El necesario rigor, pedido para las imágenes de las iglesias - respecto de la verdad de la fe, de su jerarquía, belleza y calidad – debe poder encontrarse, también en las imágenes y objetos destinados a la devoción privada y personal.

Puesto que la iconografía de los edificios sagrados no se deja a la iniciativa privada, los responsables de las iglesias y oratorios deben tutelar la dignidad, belleza y calidad de las imágenes expuestas a la pública veneración, para impedir que los cuadros o las imágenes inspirados por la devoción privada sean impuestos, de hecho, a la veneración común.

Los Obispos, como también los rectores de santuarios, vigilen para que las imágenes sagradas reproducidas muchas veces para uso de los fieles, para ser expuestas en sus casas, llevadas al cuello o guardadas junto a uno, no caigan nunca en la banalidad ni induzcan a error.

e.- Los lugares

Junto a la iglesia, la piedad popular tiene un espacio expresivo de importancia en el santuario – algunas veces no es una iglesia -, frecuentemente caracterizado por peculiares formas y prácticas de devoción, entre las cuales destaca la peregrinación. Al lado de tales lugares, manifiestamente reservados a la oración comunitaria y privada, existen otros, no menos importantes, como la casa, los ambientes de vida y de trabajo; en algunas ocasiones, también las calles y las plazas se convierten en espacios de manifestación de la fe.

f.- Los tiempos

El ritmo marcado por el alternarse del día y de la noche, de los meses, del cambio de las estaciones, está acompañado de variadas expresiones de la piedad popular. Esta se encuentra ligada, igualmente, a días particulares, marcados por acontecimientos alegres o tristes de la vida personal, familiar, comunitaria. Después, es sobre todo la "fiesta", con sus días de preparación, la que hace sobresalir las manifestaciones religiosas que han contribuido a forjar la tradición peculiar de una determinada comunidad.

Todo este desarrollo nos ayuda a comprender que el lenguaje no son solamente las palabras con las que expresamos la fe. El lenguaje religioso se manifiesta a través de todas estas características arriba descritas. Lo cual nos lleva al siguiente problema.

3.- Tras-vasar el contenido

Frente a la cultura, el proceso eclesial ha de realizarse teniendo en cuenta dos acciones que son complementarias. Por un lado el impregnar la cultura de la palabra de Dios (evangelización), al mismo tiempo que, por el otro lado, se lo hace en un lenguaje acomodado al sujeto a ser evangelizado (ver el criterio de inculturación ya explicado). Al respecto de esto, enseñaba Pablo VI en la [Evangelii Nuntiandi](#) (63)

“Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas, no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden, y, después de anunciarlo en ese mismo lenguaje.

Dicho trasvase hay que hacerlo con el discernimiento, la seriedad, el respeto y la competencia que exige la materia, en el campo de las expresiones litúrgicas, de las catequesis, de la formulación teológica, de las estructuras eclesiales secundarias, de los ministerios. El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural.

El problema es sin duda delicado. La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su "lengua", sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta. Pero, por otra parte, la evangelización corre el riesgo de perder su alma y desvanecerse, si se vacía o desvirtúa su contenido, bajo pretexto de traducirlo; si queriendo adaptar una realidad universal a un espacio local, se sacrifica esta realidad y se destruye la unidad sin la cual no hay universalidad. Ahora bien, solamente una Iglesia que mantenga la conciencia de su universalidad y demuestre

que es de hecho universal puede tener un mensaje capaz de ser entendido por encima de los límites regionales, en el mundo entero.

Una legítima atención a las Iglesias particulares no puede menos de enriquecer a la Iglesia. Es indispensable y urgente. Responde a las aspiraciones más profundas de los pueblos y de las comunidades humanas de hallar cada vez más su propia fisonomía.”